

**¿QUÉ DECIR?
EL DISCURSO**
aportes clásicos al problema
de la relación entre filosofía y literatura

Pablo Hernández Hernández

La filosofía se da en el amplio sistema del lenguaje. Todos estaremos de acuerdo en que la filosofía no se identifica con el pensamiento, ni con la razón, y dado que lo que nos interesa es su parte productiva de textos, estaremos de acuerdo, también, en que la filosofía se produce *de* la escritura y *en* ella, como dice Derrida: "haciendo uso de los valores gráficos del texto, la filosofía funciona bajo su articulación en el sistema primario de la lengua. La filosofía se inserta en el amplio sistema de la comunicación literaria". La pregunta es: ¿Recorre la filosofía a la literatura con un código peculiar simbólico-temático, con lengua estilizada o escritura que le es propia?

Analicemos esta pregunta a la luz de la discusión que se presenta sobre este tema en la época clásica. Concretamente, tomemos de pretexto las disputas entre Platón, Gorgias y Aristóteles.

Desde las prácticas rapsódicas el trabajo de la lengua en la Grecia antigua ha sido un punto de altísima estima. Durante los festivales de Palateneas, en el siglo VI a.C., se daba una intensa actividad en la que los recitadores de poemas, épicos sobre todo, se sometían a la crítica, discusión, interpretación, y corrección en algunos casos, de las ideas que se expresaban a través de discursos más o menos bellos. Estas discusiones, en las que participaba Jenófanes de Colofón, por ejemplo, y otras tantas personalidades de la época, se centraban en la problemática de la relación entre la forma de exposición y los contenidos, en razón de algunas consecuencias filosóficas. Esto se daba, sobre todo, en lo que tenía que ver con la aceptación o rechazo de una alegoría o de su interpretación (cf. *República*, 378d). Como sabemos esta ten-

dencia a la alegoría es heredada por la filosofía, que desde Heráclito reflexiona profundamente acerca de los nombres (*onomata*), para así descubrir la naturaleza o esencia de las cosas.

El siglo V a.C. representa un siglo de cambio. Porque es en este período en el que la prosa literaria se desarrolla bajo las líneas del estilo. Por ejemplo, adoptó formas y figuras de dicción de la poesía primitiva. En este sentido el desarrollo de la sofística representa un avance importantísimo.

La sofística llega a consolidar el traslape entre la prosa literaria y la filosofía. Estos personajes de antigua cultura griega estaban enlazados con el pasado en el sentido de que sus ideas son sugeridas, en algunos casos, por la literatura anterior: hablamos de Homero en la poesía, de Heráclito en la filosofía y de diversos historiadores a los que retoman. Pero, aunque en ese sentido sean herederos de toda una tradición, también hay que ser justos y sumar a eso el carácter particular de dicho grupo de sujetos. Los sofistas se hacían emplear, principal y preferentemente, por una clase superior espiritual y económicamente, a la que ofrecían un conocimiento útil, tanto política como domésticamente. No es coincidencia que el sistema político en el que la práctica sofística gana reconocimiento público sea la democracia: aquel sistema en el que la verdad es sustituida por el convencimiento y la persuasión, en el que la voluntad de la mayoría enmascara la imposición de lo particular bajo la apariencia de consenso. Voluntad de la mayoría y consenso son aquí productos, resultados de la más efectiva maquinaria retórica ejercitada por quien

desea imponer sus decisiones a la mayoría haciéndolas ver como necesidades colectivas.

Concretamente, en el tema que nos atañe, hay que mencionar, de manera obligada, que la postulación de la retórica en el primer plano de ese conocimiento útil, pondera el pasado de un modo peculiar. La retórica, aunque no sea original como arte (ya la practicaban en Siracusa desde la caída del tirano Trasíbulo, Córax y Tisias) sí es muy particular en los sofistas, porque es en ellos en donde sirve como fijación o punto de concurrencia de filosofía y poesía, antes dispersas y separadas. Digo esto porque es evidente que en la propuesta sofística de oratoria (entiéndase persuasiva siempre) se comprenden todos los ámbitos de la práctica lingüística, es decir, se ven potencialmente implicados todos los discursos, mediante una nueva estilística de la prosa.

Es evidente entonces el poder que le confieren a la palabra como centro de su enseñanza y su actividad. En el discurso, o en la palabra comprendida desde la retórica, los sofistas plantean la utilización indiscriminada de los elementos del discurso. Por ejemplo, utilizar el poder de la poesía de ejercer un dominio absoluto sobre las almas pero sin tratar de hacer, directamente, poesía (pensamos en los elogios y exhortaciones de sentimientos cívicos masivos, como el *Encomio a Helena*), o utilizar las figuras lógicas de inferencia del discurso filosófico pero aplicadas a entes abstractos de interés ontológico cósmico (si pensamos en el *Discurso sobre el no-ser*). Esto sólo es posible porque en los sofistas se da, de una manera tan definida, la generalización y universalización de la noción de discurso (*logos*).

Ahora, también hay quienes se le enfrentan a los sofistas, intelectual y moralmente. La discusión se plantea contra ellos desde dos puntos de vista, uno epistemológico y otro político. Primero tenemos a Platón, quien reacciona tanto a la posibilidad que plantea la sofística de convertir el conocimiento y el discurso filosófico-dialéctico en una técnica más, como a lo incompleto y peligroso (desde su concepto de justicia) que se volvería un político cuya máxima moral se guíe por su sola utilidad, mediada por instrumentos perfeccionados de persuasión masiva. Luego, tenemos a Aristóteles, quien aun reconociéndole su utilidad a la retórica en materia de clasificación de los discursos y de sus formas, la somete a corrección desde los criterios lógico-categoricos de un discurso particular: el filosófico-científico.

Esta es sólo la presentación de la problemática, y en cierto sentido, es como se articula a nivel de contenidos, pero no aparece tan clara a nivel superficial. Porque Platón mismo pone en evidencia la manipulación y conducción intencional de su método (algo a todas luces sofístico), supuestamente objetivo y revelador de la verdadera esencia de las cosas, por ejemplo en el *Teeteto* y en el *Sofista*. Mientras que Aristóteles, intentando fijar el sentido de la terminología filosófica, pretende demostrar que versa sobre la realidad y su racionalidad, es decir sobre la verdad que expresa, cuando nos ha explicado también la imposibilidad de que alguna argumentación no sea, en algún sentido, de probabilidad.

Entonces, ¿cuáles son los términos de la discusión? Veámoslo.

A

Platón abjura de la retórica, pero no puede negar la virtud demoníaca del discurso artísticamente dispuesto. Y por esto utiliza un género literario, es decir, una situación histórica, un acontecimiento ficticio para exponer un contenido de verdad. Lo que nos lleva a la otra parte de su postura acerca del tema. Platón reconoce que la cuestión del lenguaje y su importancia debe ser determinada en razón de la correspondencia que se logre entre las especies de almas y las especies de discursos. Por lo que la filosofía nunca correspondería con la literatura en razón de su objeto. Como lo dice en la *República* (cf. 599a), la palabra poética no es develadora del ser, sino expositora de la apariencia, mientras que el filósofo sí lo hace. El filósofo dice la cosa y por eso debe gobernar sobre el poeta en razón de una jerarquía ontológica de los objetos de sus discursos. Tenemos entonces que Platón defiende una posición en la que la filosofía comunica la verdad, "lo que es", aun cuando se exprese en forma de una ficción con más o menos valor estético.

B

Pasemos ahora a Aristóteles, quien reconoce a la retórica como un medio productivo que está justificado desde el espíritu humano, teniendo tanta razón de ser como la misma dialéctica. Resalta de su concepción el que no sea considerada como *empeiria*, o sea que no atañe a las cosas naturales ni a las necesarias, sino a las posibles. Es en lo posible donde actúa todo discurso en tanto división informativa y argumentativa. La retórica no es ni moral ni inmoral,

para el Estagirita es, como la dialéctica, un instrumento intelectual, sólo que debe ser dotado de formas de razonar propias que serán corregidas por la lógica y la psicología, la una porque tiene la ciencia de la demostración y la otra porque devela las provocaciones espirituales del lenguaje. Da la impresión, sin embargo, de que la retórica es tomada como una parte necesaria de la que no puede prescindir la ambición sistémica de la filosofía. Si la filosofía debe estudiar y analizar todo cuanto es, y contener a todas las ciencias en cuanto son menores en relación con ella, entonces la retórica no puede quedar fuera, pero tampoco puede colocarse a la altura de la misma filosofía. Muy importante, Aristóteles ubica a la retórica al nivel de la poética como formas de la argumentación probable, es decir en el ámbito de lo verosímil, y no de lo verdadero o lo falso.

C

Tenemos por último, para cerrar este triángulo de amor a la palabra, a Gorgias. Este sofista tiene varios puntos importantísimos en lo que a la retórica se refiere, porque la considera una técnica o arte mayor. Como dice Barthes en *La antigua retórica*, Gorgias abre la prosa a la retórica y la retórica a la estilística, es decir, incluye toda producción escrita, la filosofía también, dentro de las posibilidades estilísticas que rige la retórica. Por lo que la filosofía se sometería en razón de su literalidad como un objeto retórico, tanto como la misma poesía, ambas, especies del género *logos*. Ahora, la retórica gorgiana rechaza que el *logos* remita a otra cosa que no sea el lenguaje mismo, es decir que el *logos* revele la cosa o una realidad que

está debajo y que es supuesta por él como su base; por lo que el lenguaje termina diciéndose a sí mismo, gracias a una técnica libre de un objeto que le imponga relacionamente la verdad o la falsedad. Entonces, ¿qué es la filosofía, si no uno de los ejercicios o juegos de la misma palabra? En todo caso, la pregunta es ¿qué es la filosofía cuando lo verdadero es sustituido por lo probable y lo verosímil, si no se conoce ni un ser, ni valores absolutos, si todo se desarrolla en el ámbito de la ilusión? ¿Será acaso un juego literario más?

Es evidente la importancia y la adecuación de la discusión clásica para tratar de definir qué es lo que estamos haciendo cuando discutimos sobre las relaciones entre literatura y filosofía. Los términos de las posibles respuestas a nuestras interrogantes son muy cercanas a las que se plantearon en dicha época. Es posible que alguien reconozca que el ser se devela clara y distintamente en la palabra, que no hay equivocidad en el lenguaje y que la filosofía es el espacio de la palabra así entendida, y que debe ser su norma la corrección del lenguaje figurativo. Es posible que hallemos a quien de manera moderada niegue la identificación de la filosofía con la literatura; eso sólo si entiende a esta última, según términos contemporáneos, como "*informatividad* exclusivamente estética de un texto" en donde se transmuta su valor en la operación estético-expresiva en virtud del lenguaje connotativo y la invención fantástica que reside en la escritura. Este *moderado* defendería el carácter eminentemente informativo de la filosofía en razón de la tecnificación de su lenguaje y de su reclusión institucional (es aquel que ve en ciertas categorías y palabras la clave para saber si un texto es filosofía o no, o ve quién lo produce, si es un profesor o un académi-

co y no un común sin institución), con lo que afirmaríamos lo convencional de sus criterios, basados exclusivamente en un fenómeno de autoridad.

Pero también es posible el sofista-retórico –la lectura sofística de la filosofía– que niega ubicarse en los términos de la verdad y la certeza, en clara preferencia de la esfera posible y verosímil de la realidad; es decir, que le reconoce al lenguaje esa esfera, y que no concibe a la filosofía como algo externo a ella. Porque aun cuando la filosofía opere creativamente en el campo de los conceptos, estos se expresan en la palabra (sin negar de momento la posibilidad de que no pueden ser más que palabras) y en ella los filósofos no pueden más que escoger entre conceptos tomándolos desde un principio como fundamentalmente diferentes. Esto sugiere que las cosas, sean como conceptos o sustancias, puede que no existan inocentemente o independientemente de las maneras en que se nos presentan como conocimiento, es decir que no existan independientemente del universo lingüístico de la escritura, la lectura y el habla. Lo que nos lleva al problema de la verdad o la verosimilitud, entre la certeza y la probabilidad; la relación problemática entre la verdad y el conocimiento parece demandar una decisión sobre si la verdad es externa a los enunciados que se dicen verdaderos o es un efecto de estos.

Veámos que para Platón vía Sócrates la verdad era externa y cognoscible, y que no se entendía así en la tradición sofística. Para los sofistas la verdad no estaba atada a principios externos, sino que era el resultado de las contingencias pragmáticas, de ahí que, en ausencia de afirmación categórica de alguna verdad absoluta, las enseñanzas de los sofistas se

relacionaban tanto con técnicas de persuasión (retórica), como con métodos de argumentación (dialéctica-lógica), utilizados, estos últimos, más bien de manera instrumental, en beneficio del principio de persuasión. Así, la retórica se tomaba a sí misma y no a la verdad como a su sujeto. Aristóteles incluye la retórica como parte legítima del entrenamiento filosófico, a pesar de que actualmente todavía se da el caso de que el rasgo definitorio de la filosofía sea el argumento más que el estilo. En otras palabras, la dialéctica se mantiene más cercana a lo que se cree la esencia filosófica, tanto que la retórica pertenece más o menos a la literatura, a pesar de que la filosofía no puede, en algún sentido, existir sin ella, como ya vimos.

La distinción entre la filosofía y la literatura, que ubica a la primera del lado de la verdad y a la literatura del lado del juego y la expresividad pasional, es hoy absurda. Esto no se da exclusiva y excluyentemente de esta manera. En algún sentido, la filosofía no puede evitar “contaminarse” de lo retórico, no puede dejar de ser retórica, porque esta no es simplemente una dimensión filosófica que puede ser controlada por una cuidadosa administración de principios generales y procedimientos disciplinarios, como lo pensaba Aristóteles. En otras palabras, todo argumento se presenta sólo *inferencialmente*, es decir, a través del estilo de su expresión: he aquí que es la retórica y no la dialéctica lo que va primero.

Parto del rechazo de tomar la retórica, y con ella la escritura, de manera estrecha, en la que se le da el único valor positivo al encasillarla como literatura (escritura que tiene el imperio sobre el explotar el potencial de la ambigüedad, el error y la sugestión).

Y afirmo que la retórica, tal como la expuse desde Gorgias, es anterior, es decir mediación inevitable, y *posibilitadora* de la argumentación tanto filosófica como literaria. Es entonces en este punto en donde parecen responderse las preguntas que motivan este texto: Tal vez no estemos seguros y tengamos que discutir mucho más para determinar si lo que hacemos es literatura o filosofía, para lo que tendríamos que recorrer todas las definiciones que de ellas se puedan dar.

Pero de lo que al menos estaremos seguros es de que sí hacemos retórica y que de ella no nos podemos escapar. En todo caso, la filosofía sólo se da mientras escribimos y leemos, o mientras hablamos; y la literatura sólo es en razón de la escritura y la lectura; así concluyo, con una sola certeza: Escribimos y leemos, conversamos, y la palabra se sigue dando, reina tirana, preciosa y terrible, y con ella el imperio de la retórica, tanto en filosofía como en literatura.

Bibliografía

ARISTÓTELES. (1998) *Retórica*. Madrid: Alianza.

_____. (1996) *Poética*. Madrid: Gredos.

BARTHES, R. (1974) *La antigua retórica*. Buenos Aires: Ed. Tiempo Contemporáneo.

BUSTOS, E. (1992) La teoría aristotélica sobre la metáfora. *Suplementos Anthropos*, 32.

CALVINO, I. (1998) *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela.

CASSIN, B. (Comp.) (1994) *Nuestros griegos y sus modernos*. Buenos Aires: Manantial.

DERRIDA, J. (1971) *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

FILOSTRATO. (1996) *Vidas de los sofistas*. México: Porrúa.

LUCY, N. (1997) *Posmodern Literary Theory*. Massachusetts: Blackwell.

MAS, S. (1992) Platón y Aristóteles: sobre filosofía y poesía. *Suplementos Anthropos*, 32.

PLATÓN. (1996) *Obras completas*. Madrid: Gredos.

UNTERSTEINER, M. (1954) *The Sophists*. Oxford: Basil Blackwell.